

SECCIÓN CULTURAL

UN VISTAZO A MÉXICO*

WANG MENG**

EL BOEING 727 DE UNA línea aérea mexicana despegó del aeropuerto de San Francisco; el aparato alargado se elevó hacia el cielo, describiendo de Norte a Sur una vuelta de 180°. Al inclinarse a la izquierda, los viajeros sintieron que la tierra se elevaba de súbito, así como la superficie del mar en el que brillaban las olas. El puente de acero de decenas de millas atravesaba la bahía, y los edificios altos y bajos, de diferentes formas, se alzaban en las colinas, y también algunas casas diseminadas en las poblaciones aledañas. En apariencia, aquel paisaje se acercaba velozmente a mi ventanilla y me extendía al mismo tiempo muchos brazos. Las cumbres de las montañas lejanas se hacían cada vez más altas y grandes, como barreras difíciles de franquear.

Bastó una ligera distracción mía para que las cimas de las montañas, la bahía y la ciudad desaparecieran no sé dónde. El avión volaba ya sobre delgadas capas de nubes, a través de las cuales distinguía vagamente la tierra algo árida, no ya de color verde oscuro, sino pardo amarillento. Desde las alturas, los colores semejaban mucho a los de un mapa: mar azul claro, llanos fértiles verdes y montañas áridas pardo amarillento.

¿Sería verdad que me dirigía a México?, me pregunté nuevamente, como cuando fui a recoger mi boleto, cuando hice los trámites de migración o cuando despaché el equipaje y me quedé en la sala de espera 31, aguardando la salida del avión. Sabía que México era un país lejano y hermoso, con una antigua tradición cultural. Sabía que compartía con China

*Publicado en *Shou Huo*, No. 2, 1982, pp. 192-198.

** En ocasión de su visita a México, invitado a participar en un coloquio de escritos sobre el tema "Realismo y realidad: un problema literario", el escritor chino Wang Meng, cuyo cuento "Voces de primavera" ha sido publicado en el No. 54 de Estudios de Asia y África, recogió las observaciones que reproducimos a continuación casi en su totalidad.

experiencias semejantes, palabras en común y sentimientos de amistad. También sabía que en el panorama de la literatura internacional, la literatura latinoamericana, y por ende, la mexicana, ocupaba un lugar muy destacado. No hacía mucho tiempo, un escritora norteamericana me había dicho en Beijing que el fenómeno literario latinoamericano era el más importante del mundo contemporáneo (seguramente se refería al mundo occidental). Con excepción del camarada Zhou Erfu, que había visitado México como Viceministro de Gobierno, yo era el primer escritor chino que iba a ese país. ¿Cómo contener entonces mi entusiasmo y el orgullo que me provocaba la importancia de mi misión?

Estaba acercándome a México. En mi boleto, en el exterior del avión y en la solapa del uniforme de las aeromozas, estaban claramente estampadas una cabeza de águila y la M de México. Los anuncios de los altavoces se hacían primero en español y, comparado con el servicio de las líneas aéreas norteamericanas, el de este avión era notablemente superior: a la merienda y refrescos habituales, se agregaban vino francés blanco y tinto, cerveza y frutas, gratuitamente. A todo esto, los altavoces comenzaron a anunciar que ya nos encontrábamos en el espacio aéreo de México.

"Hola", me saludó un matrimonio de edad madura sentado detrás de mí. Tal vez se habían dado cuenta de mi éxtasis, o quizás yo había proferido exclamaciones en voz alta sin quererlo. El mexicano desconocido me alargó un mapa, indicándome que aquel mar en forma de axila era el Golfo de California. "¡Qué hermoso!", dijo.

Y así era, en efecto. Después de dejar San Francisco, habíamos volado sobre Los Ángeles y San Diego, la estrecha faja de Baja California, y ahora estábamos sobre el bello Golfo de California. Aquellas montañas a la distancia debían ser la Sierra Madre Occidental. Miré detenidamente el mapa y alcé la cabeza para echar un vistazo de pájaro, con la esperanza de confirmar las líneas tortuosas de la costa con las que estaban trazadas en el mapa. Comparando el Golfo de California real con el dibujado, semejaba yo un inspector de aduana que cotejaba la foto del pasaporte con la cara del viajero. Por

primera vez en mi vida sentí que un mapa resultaba vivo y que representaba la fisonomía de la tierra, aun cuando no lograba identificar ninguna de las formas. Quizás se debía a que la escala del mapa era demasiado reducida y, al fin y al cabo, todo era correcto.

"¿Viene usted de Japón?"—me preguntó cortésmente mi compañero de viaje.

"No, soy chino. Vengo de la República Popular China. Soy un escritor invitado a visitar su país." —Mi respuesta le provocó una leve sonrisa de asombro. Su esposa, que permanecía callada, me dirigió una mirada y me sonrió a manera de saludo.

Me sentí contento y orgulloso. Durante mi visita a Estados Unidos muchas veces me habían tomado por japonés. Al comprar alguna cosa o al terminar de comer, cuando pagaba, en varias ocasiones me habían dicho: "Arigato". Un día, en una gasolinería, un coreano del sur me creyó compatriota suyo. En cada una de estas oportunidades yo proclamaba que era un chino proveniente de la República Popular China. Quería que más gente supiera que China también estaba presente en el mundo. "¡Magnífico! México es muy bonito"—me dijo mi compañero de viaje. No dudaba de sus palabras. Por ejemplo, el Golfo de California se veía extraordinariamente hermoso. "Vamos, apresúrate 727. Llévame pronto a pisar tierra mexicana".

Entre el 15 y 22 de junio pasé una semana en la capital del país. La ciudad de México es inmensa. Después de volar sobre edificios abigarrados, carreteras, automóviles, áreas verdes y oleadas de peatones, todavía faltó un buen rato para llegar al aeropuerto. La infinitud de la ciudad sin límites me sorprendió sobremanera. Edificio tras edificio, coche tras coche, calle tras calle, tienda tras tienda, incluso iglesia tras iglesia, sembrados por todas partes: me dijeron que la ciudad tenía ya una población de 14 millones de habitantes, cifra que supera la quinta parte de la población del país.

Se trata de una ciudad cálida. Situada en una meseta de alrededor de dos mil metros de altura, al sur del trópico de Capricornio, su clima era más caliente que el de San Francisco, donde la gente, aun en pleno junio tenía que llevar un abrigo de

lana. A ambos lados de algunas calles hay palmeras y plátanos, árboles que aumentan el ambiente tropical. La mayoría de la gente es morena y sana, y su piel muestra el color del verano.

Se trata de una ciudad secular, bulliciosa y abigarrada. Largas filas de coches se detienen en las esquinas a la espera de la luz de paso. A pesar del reglamento de tránsito, no faltan los coches y peatones que tratan de adelantarse de cualquier manera. Algunas peatones cruzan corriendo la calle, aun a riesgo de su vida. Los camiones suenan el claxon sin el menor motivo y vomitan humo negro. Durante las horas de descanso, la gente no sólo debe soportar el ruido de los vehículos, sino también el de los aviones que pasan prácticamente por encima de sus cabezas. En los puestos callejeros, el jugo dorado de naranjas frescas es extraído a la vista del cliente. Los pasteles calientes chorrean chocolate y crema.

Se trata pues de una ciudad activa, pujante, de ambiente revolucionario. En víspera de las elecciones se veían por todas partes gigantescas fotos del candidato a presidente por el partido en el poder. Incluso se había hecho un enorme retrato suyo con luces. En los muros había escritas en letras grandes consignas electorales que hablaban de independencia, prosperidad y progreso. Yo, como extraño, estaba de acuerdo con la política de ayuda a los pobres anunciada por el partido oficial. A pesar del alza veloz del costo de la vida, el precio del pan estaba estrictamente controlado y era bajo. Con un peso se podían comprar dos panes, cada uno de un peso aproximado de dos *lian* y a un costo equivalente a dos de nuestros centavos. Había pan en todos los supermercados y tiendas de comestibles. No noté ansiedad por comprar, escasez de mercancías ni colas.

En vísperas de las elecciones, los partidos políticos de izquierda se reunieron para efectuar una gran manifestación a la que llevaron banderas rojas, algunas con la hoz y el martillo. Hacía largo tiempo que no presenciaba un espectáculo semejante.

México es una ciudad nacional y al mismo tiempo cosmopolita. Sin embargo, en el aeropuerto internacional, cuando pregunté algo en inglés fracasé. Los trabajadores me contestaron

fríamente: "No hablo inglés". En los aeropuertos de Alemania Federal y Tokio, por los cuales había pasado una vez, incluso en los aeropuertos internacionales de Beijing, Shanghai y Guanzhou, en China, no ocurriría una cosa semejante. México está tan cerca de los Estados Unidos que el precio del franqueo hacia esta país es el mismo que en su interior (lo mismo sucede con Canadá). Hay una frase célebre de un ex presidente mexicano: "¡Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos!".

Mientras comía con un estudioso mexicano me dijo tajantemente: "Esperamos la prosperidad y fuerza de China para que pueda enfrentarse a Estados Unidos". Y añadió: "Según el dicho occidental de que «al compartir la comida con el diablo, tienes que usar una cuchara de mango largo», esperamos, que los chinos usen palillos largos para tratar con los capitalistas norteamericanos".

En México se nota un ambiente cosmopolita, un ambiente de ciudad universal. El programa de mi anfitrión, El Colegio de México, de sólo una semana, incluía, entre los que me acompañarían en las visitas y entrevistas que se realizarían, no sólo sinólogos mexicanos, sino también de los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania Federal, y profesores visitantes y estudiantes provenientes de mi patria. Los nombres de calles y avenidas de México son interesantes: Venecia, Viena, Roma, que recuerdan a Europa (a propósito, la casa de Trotsky está en la calle de Viena). Los comercios y los productos llevan a menudo nombres de ciudades y países de todo el mundo. Debajo del departamento donde me alojaba, había una tienda llamada "Italia", donde supuse que debían vender mercancías provenientes de ese país. Pero me dijeron que no era así: todo lo que se vendía era elaborado en México. "Italia" no era más que el nombre de la tienda. Al frente había un gran almacén donde se venden artículos de lujo: "Liverpool", nombre de una ciudad inglesa. Además, unos anuncios comerciales en las calles y la televisión promocionaban unos tenis marca "Canadá", cosa que me causó gran impresión puesto que no eran importados de ese país.

De mis experiencias en México, las más inolvidables fueron

las de los días 18 y 19 de junio. El 18, acompañado por el profesor norteamericano Maeth, fui a visitar el Museo de Antropología. El profesor Maeth es especialista en poesía folclórica tradicional china, y gran conocedor de Yuefu y de la poesía Han, lo que le permite establecer comparaciones muy interesantes con la poesía clásica europea. Me dijo, por ejemplo, que en la poesía folclórica de Nueva Inglaterra existían temas similares al de Luo Fu, una beldad china que supo defender su dignidad y rechazar un intento de seducción. El profesor Maeth aprendió chino en una escuela de lenguas del ejército de Estados Unidos. Lo habla correctamente, aunque de manera un tanto lenta. Nuestra conversación fue mitad en inglés y mitad en chino, pues yo no quería perder la oportunidad de practicar el inglés, ya sea hablándolo o escuchándolo. Según el plan del profesor Maeth, primero visitaríamos el Museo de Arte Moderno, pero como allí había una huelga, no pudimos entrar y tuvimos que ir a otro museo cercano, que llevaba el nombre de alguien famoso.¹ Allí se exhibían también obras "modernas". Algunas ya se me han olvidado, pero otras me produjeron una fuerte impresión, por ejemplo, una pieza tejida, que podríamos denominar tapiz, confeccionada con lanas de distintos colores que, aplicadas a líneas y diseños en relieve, daban sensación tridimensional, como de bajorrelieve. Observé un sinnúmero de nudos en forma de caracol que evocaban imágenes extrañas y complicadas. Otra obra era una escultura móvil y sonora, realmente rara, que semejaba una mesa de juntas: alrededor estaban las sillas de madera rodeadas de lambres de púa y sobre la mesa había un círculo de objetos que giraban lentamente, semejantes a cabras desholladas colgadas cabeza abajo. Este espectáculo de estilo "rastrero" estaba iluminado con una luz azul triste y opaca, y acompañado con un fondo musical plañidero y amenazador que parecía un llanto proveniente de lejos, lo que provocaba una sensación de miedo entre los espectadores. Tal vez esa obra reflejaba un sentimiento gris y oscuro, de desesperanza ante la vida y el mundo. Afortunadamente, el cielo de México

¹ El museo Rufino Tamayo (N. del T.).

ese día estaba límpido y al salir del museo de arte observé por todas partes árboles brillantes y flores generosas, y el sol radiante iluminaba gentes muy variadas, calles, tiendas y... la vida. De otro modo, me habría sido imposible respirar durante un buen rato después de contemplar aquella "obra de arte".

El Museo de Antropología de la Ciudad de México es muy famoso. el profesor Maeth había invitado especialmente para la ocasión a una amiga suya, una elegante antropóloga e historiadora, de modo que nos sirviera de guía. Es una lástima que yo no tuviera el más mínimo conocimiento básico sobre la historia de las civilizaciones antiguas de América. Por eso, a pesar de haber escuchado muchas explicaciones interesantes, muy poco me quedó claro. La civilización chaamú (*sic*), la civilización azteca, la civilización india, nombres que antes había escuchado, pero que no me permiten escribir lo poco que entendí, y no quiero pasar por conocedor de algo que no sé y dar una información errónea. Esto es lo que se me grabó: los conquistadores europeos destruyeron esas civilizaciones, convirtiéndolas en ruinas históricas. Los mexicanos actuales, con interés y orgullo especiales, protegen esta herencia cultural y la estudian con esmero. Los utensilios de piedra o bronce y las vasijas de barro me recordaron ciertos objetos exhibidos en el Museo del Palacio imperial de Beijing. No es de sorprender que haya quienes consideran que la antigua cultura mexicana tiene estrechas vinculaciones con China. La misma forma de las vasijas me recordó aquel famoso Museo de la Antigua Roma, que la gente, aprovechando los hoyos dejados por las bombas, había construido en Colonia, Alemania Federal. Al parecer, las vasijas de cerámica tienen semejanzas y puntos en común. No sé cómo explicar la semejanza de las civilizaciones antiguas, ya que entonces las posibilidades de comunicación entre los continentes no existían.

Un objeto religioso que llamó poderosamente mi atención (es necesario decir que en los objetos arqueológicos hallados predomina el tema religioso) es la Serpiente Emplumada, denominada así porque el cuerpo de este animal imaginario se encuentra cubierto de plumas. Para un chino, representa algo así como una tortuga enorme con su caparazón hundido a

manera de cesto. El profesor Maeth me explicó que tiene relación con los sacrificios al dios Sol. En la antigüedad (no sé exactamente cuándo), la gente depositaba en esa cavidad corazones vivos de seres humanos como ofrenda al sol, pues de otra manera éste se apagaría y el mundo llegaría a su fin. Cada vez que se hacían este tipo de ofrendas eran sacrificados centenares de seres humanos. ¿Será ello cierto? Nuestra acompañante, la antropóloga, lo negó: "No lo creo", dijo. ¿Se tratará entonces de una calumnia de los descendientes a sus ancestros? ¿O de los conquistadores españoles a los antepasados de los indígenas? ¿O simplemente de un malentendido, sin doble intención? Sin embargo, se trate de imaginación, supuesto o rumor basta para que el hombre, el más hábil de los animales, el que camina erecto, se asombre, se asuste, reflexione, suspire, llore y odie.

El 19 de junio, tal como estaba previsto, visitamos Teotihuacán, la antigua ciudad de las pirámides, también llamada Ciudad de los Dioses. Allí se encuentran las mundialmente famosas pirámides del Sol y de la Luna, que en chino podrían llamarse Templo del Sol y Templo de la Luna. Entre los que me acompañaban, además del profesor Maeth, se encontraba una sinóloga inglesa, de nombre Harriet, baja, de cabello corto, ojos grandes y dinámica. Había estado dos años en China, estudiando en la Universidad de Beijing. No sólo habla buen chino, sino que sus gestos se han contagiado de las formas chinas. Por ejemplo, al tratar a la gente, se comporta con modestia y amabilidad, un poco al estilo oriental, con una sonrisa en la boca, y no como cierta gente se muestra orgullosa y arrogante. Otro de mis acompañantes era una estudiante de posgrado, llamada Ingrid, ingenua, modesta, sana y con aire de muchacho. Nació en una pequeña población cercana a Munich, en Alemania Federal, y hacía unos años que estaba radicando en México. Viajó en dos ocasiones a China por su propia cuenta y si tuviera la oportunidad desearía volver. Para dedicarse al estudio del chino, la historia de China y otras materias ofrecidas en El Colegio de México ha dejado de lado muchas oportunidades de ganar dinero. Lleva una vida sumamente modesta. Me dijo: "Hay muchas formas de ganar dinero, pero lo que yo persigo no es eso". Su voluntad se me hace realmente

admirable. También me acompañaba Xiao Liu, un compatriota que trabaja en las Ediciones de Lenguas Extranjeras de Beijing y que se dedica al español. Había llegado a México para perfeccionar el idioma y se encontraba estudiando en dos universidades al mismo tiempo. Estudiaba intensamente y aquel día estaba muy feliz de tener la oportunidad de salir de la ciudad.

La Ciudad de los Dioses está situada al norte de México. Se dice que su construcción comenzó antes de la era cristiana. Al llegar los españoles, ya tenía un abandono de más de setecientos cincuenta años. Lo primero que llama la atención son las enormes y majestuosas pirámides del Sol y de la Luna, que semejan dos montes artificiales de bases cuadradas y diferentes niveles y que dan una profunda sensación de estabilidad. Además de las dos pirámides, hay una gran cantidad de construcciones semejantes, al parecer desenterradas por los arqueólogos y a las que faltan los pisos superiores en forma de torre. Las bases se conservan intactas y en ellas se pueden observar bajorrelieves con cabezas de animales y motivos vegetales, especialmente representaciones de mazorcas de maíz de granos sólidos y apretados. El maíz es originario de México y desde allí se difundió por todo el mundo. Desde la entrada hasta la pirámide de la Luna se extiende una carretera, la Calzada de los Muertos, en español, que pasa frente a la pirámide del Sol. Dicen que por este camino eran conducidos los que serían sacrificados al Sol, seleccionados entre los jóvenes de distinto sexo más fuertes y bellos. Al oír esto sentí un escalofrío. el folleto que se vende a los turistas no dice nada al respecto. Sólo informa: "Los españoles la llamaban Calzada de los Muertos porque, según la creencia, los reyes de antaño, al morir, subían desde allí al cielo y se volvían inmortales. Hay también otra explicación: ése era el lugar donde se reunieron los inmortales para crear el sol y la luna". Todas estas explicaciones, las investigaciones científicas y las suposiciones no efectan en nada el interés de los visitantes, sino que, por el contrario, le dan un aire aún más misterioso al lugar.

A espaldas de la pirámide del Sol se levanta la majestuosa Sierra Madre Occidental. Desde los tres lados restantes se

observan el campo, árboles, ruinas de la antigua ciudad, todo muy imponente. Al caer la noche, la pirámide del Sol es iluminada con luces multicolores, con acompañamiento musical. ¡Quién sabe como sea este espectáculo moderno, en una antigua ciudad muerta desde hace tiempo!

Al subir a la pirámide de la Luna tuve que hacer un gran esfuerzo, pues los escalones están muy separados uno de otro. Hay que levantar mucho las piernas, como los que hacen karate, para poder avanzar. El profesor Maeth dijo que no subiría. Yo también decidí retirarme, pues la noche anterior había dormido muy mal, quizás impresionado por la Serpiente Emplumada. El primero en llegar a la cima fue Xiao Liu. Harriet e Ingrid, muy valientemente, se esforzaban por llegar. Recordé un verso: "Al recorrer las montañas me siento rejuvenecer", y entonces me dije muy decidido: "¡A subir!". Así pude llegar a la cima y el esfuerzo valió la pena. Aunque la pirámide de la Luna no es tan alta como la del Sol, la sensación que se experimenta es totalmente diferente. En el centro de la pirámide de la Luna comienza la Calzada de los Muertos, un camino largo y recto que provoca una sensación de paso del tiempo, lejana, profunda y misteriosa. Desde la pirámide del Sol, por el contrario, se palpa más la grandeza y majestad que se extienden hasta el horizonte.

Más tarde, a la sombra de los árboles, junto a la orilla de un río, hicimos un *pic nic* muy alegre, pleno de conversaciones, bromas y risas. Harriet preparó rápidamente una ensalada e Ingrid desplegó dos pollos rostizados. Maeth se había encargado del vino y yo había llevado una sandía. Todos ellos habían ido muchas veces a las pirámides, pero nunca se aburrían de contemplarlas: en cada visita hacían nuevos descubrimientos, veían nuevas cosas. Ya en el camino de regreso probé una tuna, el fruto del nopal, muy dulce, y verde como el jade.

Aunque la jornada fue muy dura, en la noche, junto con Sa Na y Zhang Yuling, un matrimonio de profesores chinos que están en México, subimos a la Torre Latinoamericana, situada en el centro de la ciudad. No se trata en realidad de una torre sino de un edificio de más de cuarenta pisos. Desde lo alto se pueden divisar, hacia los cuatro puntos cardinales, una exten-

sión infinita de lámparas multicolores, que no competían con las estrellas y la luna porque brillaban más que las estrellas y la luna. En la parte inferior de la Torre Latinoamericana hay un cabaret, desde donde salía música "disco" que se mezclaba con los gritos estridentes de una manifestación izquierdista que en esos momentos pasaba por la calle.

¡Ésta es la ciudad de México! ¡Ésta es la vida moderna! Ruinas antiguas y realidad cotidiana, lo sublime y lo trivial, pirámides y "disco", lámparas de neón junto a la hoz y el martillo de las banderas rojas, todo ello mezclado, entrelazado, girando cual torbellino.

Durante mi estadía en México el evento más importante fue una conferencia a la que los amigos mexicanos llamaron "mesa redonda de escritores".² La fecha original debía haber sido el 17 de junio, y los participantes serían escritores mexicanos, un argentino, un chileno y yo. Nadie podía imaginar que ese día la policía recibiría una llamada anónima donde se anunciaba que habían puesto una bomba en El Colegio de México. Se tomaron medidas urgentes y se decidió cerrar el edificio para registrarlo. La reunión debió ser postergada para el 21 de junio. El escritor argentino yo no pudo asistir.³

El tema de la mesa redonda era "realismo y realidad". Quien lo había decidido explicó que se trataba de un tema sumamente amplio, dentro del que podían caber muchos tipos de problemas.

Flora Botton (cuyo nombre chino es Bai Peilan), presidenta de la mesa redonda, responsable de la sección de estudios chinos en el Centro de Estudios de Asia y África, de El Colegio de México, fue la principal anfitriona de esta visita mía a México. Pertenece también al consejo redactor de una revista feminista y una vez por semana habla en un canal de televisión sobre China y feminismo. Es una persona muy ocupada, de carácter abierto, franco y vivaz. Gracias a su esfuerzo, en menos de dos meses, con la colaboración de estudiantes chinos y sinólogos, se tradujeran al español seis cuentos míos, que fueron distribuidos entre los asistentes a la mesa redonda y otros interesados.

² En ella participaron Margo Glantz, María Luisa Puga, Jaime Valdivieso y Jaime del Palacio (N. del T.).

³ En realidad se trataba de José Luis González, escritor de Puerto Rico, (N. del T.)

La mesa redonda terminó por convertirse en una discusión sobre mis obras. Los participantes tuvieron muchas palabras de elogio para ellas, pero no voy a reproducir aquí lo que dijeron. En la última parte de la mesa redonda se habló de dos problemas. Uno se relacionó con mi afirmación de que "yo escribo para el pueblo y por el bien del pueblo". Algunos manifestaron sus dudas. (Debo aclarar que la mesa redonda estaba integrada por cinco escritores, pero que la discusión se hizo extensiva a las cincuenta personas que estaban presentes, entre quienes se encontraba un ex embajador de México en China).

Alguien dijo: "¿Acaso Shakespeare, al escribir una tragedia, estaba pensando que lo hacía para el pueblo?"; y continuó: "¿Qué es el pueblo?". Para esa persona, pueblo era un concepto vago e intengible.

Contesté que todos los buenos escritores aman al pueblo, comprenden sus desgracias, se preocupan por sus sufrimientos, comparten sus alegrías y sus dolores. Sus corazones laten al unísono con el del pueblo. Dicho de manera general, que los escritores siempre expresan los sentimientos de amor y odio del pueblo, y que su papel, en definitiva, es ser voceros de él. Pero entre los escritores hay diferentes grados de conciencia: hay quienes no creen que entre sus creaciones y el pueblo haya alguna relación, e insisten en que la creación es un asunto individual. Sin embargo, la relación entre literatura y pueblo, entre literatura y sociedad, es un hecho objetivo que no depende de las intenciones y voluntad de los escritores. Los escritores chinos, con un poco más de conciencia, reconocen que escriben para que el público los lea, para el bien del pueblo. Éste es un fenómeno generalizado. No obstante, durante el proceso de creación, con frecuencia se sumergen con pasión en su trabajo y parecen olvidarse de todo. Esto es muy común entre los escritores.

En cuanto a que el concepto de pueblo es vago y ambivalente, ¿no es acaso pueblo el que trabaja el campo, o el que maneja una máquina? ¿No somos todos parte del pueblo?

No pensé que mi última afirmación fuera replicada por una joven que dijo que México era diferente de China, puesto que

no había experimentado una auténtica revolución. Para ella, los que asistían a la reunión no eran pueblo, sino más bien pequeñoburgueses.

El segundo problema surgió ante la afirmación de un escritor mexicano que dijo que después de leer mis obras se había sentido deprimido. Una escritora le contestó que era natural, pues en la vida los dolores son más abundantes que las alegrías; la misión de la literatura justamente consiste en expresar esos dolores.

Jaime Valdivieso, un escritor chileno, no estuvo de acuerdo con este punto de vista y dijo que él encontraba que mis obras están llenas de sentimientos revolucionarios y de fe en el sistema socialista.

Dije que la vida no es unilateral y los estados de ánimo son muy variables: a menudo se mezclan alegrías y dolores, represión y rebeldía, victoria y fracaso. En líneas generales, somos optimistas, pero al mismo tiempo somos realistas y sabemos reconocer todas las molestias y contradicciones que presenta la realidad. En cuanto a que en la vida son más frecuentes los dolores que las alegrías, respondí que no lo creía así, puesto que en ese momento yo estaba platicando cálidamente con los amigos mexicanos. Lo que experimentaba era un profundo sentimiento de amistad y la alegría de la comunicación, no dolor. Todos rieron. Dije también que como escritor de cuentos, quería aconsejarles que no se dejaran llevar por los sentimientos pesimistas, ni por el cansancio de vivir en un mundo desesperado y loco, como sucede con algunos novelistas. No hay duda de que este tipo de escritores existe y que contagian al lector una profunda derrota ante la vida. Pero son esos mismos escritores los que no se animan a tomar somníferos y muy gustosamente desean seguir viviendo. Estas palabras provocan risas aún más sonoras.

Al terminar la reunión, muchos asistentes se me acercaron para estrechar mi mano y para pedirme un autógrafo como recuerdo. Un empleado de una emisora mexicana me pidió permiso para transmitir algunos de mis cuentos. Yo nunca había experimentado un ambiente tan cálido, ni en Alemania Federal, ni en los Estados Unidos. En un país de Tercer Mundo

los sentimientos son sin duda diferentes. Al parecer, mis obras pueden despertar allí compasión y comprensión. ¡Qué hermoso! Este día me sentí realmente conmovido.

Mi corta visita a México es un hecho del pasado. Sin embargo, al recordarla, un sentimiento de ternura me invade. México ya no está lejos ni es desconocido. Seguramente volveré allí, porque lectores tan sinceros no se encuentran en cualquier parte. Además, México es muy bello y su pueblo sumamente amistoso con China.

Traducción del chino: DUAN RUOCHUAN

Español: GUILLERMO QUARTUCCI